

Este pájaro desalado

Y ahora, así que así, piense lo que piense, dígame lo que a mí mismo me diga, la desazón no me deja. Bien al contrario: me crece en lo interior el desatiento, ese ronroneo de la conciencia, rumor que palpita en mis adentros. Vivo con desvelos, buscando razones que un tanto a lo menos alivien mi pesar. Porque, mire: también yo afilé mi cuchillo, sobre las piedras calientes, entre el olor que se alzaba de los animales muertos, en aquellos que ya nunca podrán ser olvidados. Por eso el rumor trepa, palpita, ay, el rumor, este pájaro desalado.

Llevo conmigo, aleteo de sombras en los ojos, aquellas figuras que una noche, tras abrirse la primera puerta, empezaron a cruzar el pueblo como apariciones, y oigo las plegarias, bajo el sol, y veo, palpo, vuelvo a vivir todas las cosas. Siento como que Camilo se apretuja contra mí, como que se deshace en mi cuello su aliento, lleno de miedo, ah, sin embargo: buen trecho hay entre este hoy y aquel ayer. Y lo único que a la verdad entonces yo notaba, en tanto desandaba el camino, era, vea: aquel paso tan grande que crecía y crecía, en lo alto de mis espaldas, bajo la quemazón del cielo.

Sólo eso. Ya no la angustia, profunda y bien prieta, que el día anterior se había desatado entre mi sangre, por oír lo que oía: la voz de María Maliona, palabras roncas trepando en el silencio, cayendo sobre la gente: que Camilo era el culpable, que de sus trastocados adentros salía la maldición, la desgracia que nos azotaba, aquella peste, mal que de repente encima

se nos vino, de la noche a la mañana, como un viento apretado que fuere a dejar barrido el pueblo.

Todo empezó como empezó, así fue: animales muertos, tirados en sitios cualesquiera: caminos, corralizas, fontanares, donde fuese. Olían tan mal, tanto, que uno tenía que suponer que estaban allí desde hacía mucho tiempo, con calores y calores metidos en la carne, días largos ya corridos, cuando a lo mejor no llevaban muertos sino horas, o menos.

Fue en esto cuando se presentó Alejo Piedra, enlutada figura que sonreía desde lo alto del caballo. Mientras hablaba, hacía girar la rodajita de su única espuela con la punta del vergajo. Venía dispuesto a comprar pieles, a tanto las pagaba, las quería así y así. No muy generosa debía de ser su oferta, pues fama tenía de comerciar con usura. Mas a nosotros nos ganó una especie de fiebre repentina, y ya no pensábamos sino en las ganancias que podíamos obtener. Así que en balde se le rompió la voz a don Amalio, de repetir y repetir, entre que agitaba en el aire cuándo su negro maletín, cuándo su bastón de empuñadura plateada: que nadie tocara los animales, fuerza era quemarlos en La Hoyanca Grande, que nadie los tocara. De hacerlo, a buen seguro que la peste alcanzaría también a las personas. Ah, por Dios, que oyéramos: si tal llegaba a suceder, nosotros quizá tuviésemos aguante, pero ¿y los niños? Teníamos que saberlo: los pequeños serían pasto de aquella maldita enfermedad.

No le hicimos caso. Y Alejo Piedra sonreía: nosotros afilábamos los cuchillos sobre las piedras calientes, nos movíamos de prisa entre el aire enrarecido, y allí quedaban los animales, algunos a lo mejor no del todo muertos, aunque sí bien des-pellejados.

Eso al principio: porque, pero, en seguida, aquel mal, pajarraco que encima se nos vino, enfermedad desconocida, agarró también a las personas.

Y entonces, angustia llegó a ser lo que todos sentían, sentíamos, viendo la muerte rondar, notándola tan cerca, penumbra que se palpaba, olor detenido, respiración escondida que

en cualquier esquina podía lanzarse contra uno, así sin más ni más. Le digo, cierto es: a cada alentada, sentías el aire y te quedabas quieto, como escuchando, escuchándote, por ver de averiguar si acababa de entrarte con el respiro aquella muerte.

La gente se encerró en las casas, atrancó las puertas, como si temiera que la peste fuera a derribarlas, y el silencio se hizo ancho en el pueblo, muy ancho: horas y ruidos cuajados sobre aquel lugar abandonado. Hasta que una noche se abrió la primera puerta. Un hombre apareció en el umbral. Después, cruzó la plaza vacía, perdido entre las sombras. Llevaba en los brazos el cuerpo de un niño. Lo tragó la oscuridad, camino del camposanto. Y otras puertas se abrieron, ay, otras, muchas: durante días y días, aquellas figuras siguieron cruzando la plaza —en el cansancio de los brazos los pequeños cuerpos fríos—, y perdiéndose allá al fondo, igual que si no hubieran sido más que apariciones.

Al fin, una tarde, decisión tomada quién sabe cómo, nadie sabe por quién, dejamos nuestro encierro. Salimos, ¿a dónde íbamos? Personas amontonadas, oyendo el zumbido del miedo, camino de la ermita. Allá llegamos. Véanos: todos arrodillados, rezando el rosario, avemarías enredadas, murmullo que subía y subía, para derramarse de pronto sobre las cabezas, rociadura de guijas aventadas que de nuevo se alzaba por entre nosotros. Regresamos así: con la Virgencita de la Paloma sobre nuestros hombros, todos queríamos llevarla, un rato lo hice, la llevé, le digo que su peso hacía que el miedo se encogiera, uno se sentía protegido, un no sé qué notaba, alivio o así. Caminábamos. Iba la procesión. Empezamos a cantar. El sol se venía abajo, quemazón esparcida, y el polvo se levantaba, y los cánticos, pánico roto, crecían y crecían, clamor caliente, ah, pedíamos, súplicas llenas de fervor, que la Virgencita nos amparase. La llevábamos a la iglesia, seguirían allá las plegarias, y al cabo volveríamos a la ermita. Pero, vea, oiga, le diré lo que pasó.

Fue, cómo ni por qué nunca nadie sabrá, las cosas pasan porque pasan, son como vienen, fue: cuando avistamos el camposanto, aquel remanso de cruces, y adivinamos allá los

muchos montoncillos de tierra recién removida, no nos atrevimos a mirar. Al improviso, cogimos un sendero que de allí nos alejaba, algo nos perseguía, como un tumulto de voces infantiles, o un silencio sin niños, huíamos, vimos la iglesia, a lo mejor la miramos, fue quedando a nuestras espaldas, cantábamos, y ¿sabe?: fuimos a dar a tal sitio: frente a la casa de María Maliona.

María Maliona: vieja encorvada, de un mirar que se le metía a uno por adentro como llama, o cuchillo, viento escarchado, algo así. Usted la viera, allí en el umbral, sombra contra la sombra que en la casa había, mirándonos a todos a la vez, María Maliona, trato con el diablo debía de tener, de seguro que lo tenía.

Pero le iba diciendo que allá llegamos. Todos quietos, delante de la casa, mudos ahora, con la Virgencita de la Paloma al frente. ¿Qué hacíamos, qué esperábamos? El aire tenso, las respiraciones, nuestros pulsos rodando. María Maliona palpó el peligro. El miedo le cruzó los ojos como una sombra. Y fue aquí cuando alzó la voz, cuando aquella angustia tan grande, tan prieta, tal que yo nunca nada semejante había sentido, se me desató por adentro. Lo que dijo, óigalo, lo oímos, me parece oírlo todavía, ya se lo he dicho: que de Camilo salían los males, la desgracia, peste, maldición, quién sabe.

Camilo, mire, era mi hijo. Nació como nació, Dios lo quiso. De dolor murió su madre. De verlo crecer por fuera, en tanto que por adentro no era sino niño. Treinta años, un cuerpo bien fuerte. Ah, pero: tan chiquitín en el pensar, inocente mío, algo le diré que puede que no crea: tenía que dormirlo, como a crío de cuello, a sus tantos años, en mis brazos. cantándole nanas. Y ahora, María Maliona eso decía, a él lo culpaba de la peste. Miré a la Virgencita, alzada a la cabeza, tan blanca, le pedí, le pedía, oh, cuando el rumor de la gente se rompió sobre mí, supe, conocimiento repetino, lo que iba a pasar. Vea: la procesión dando la vuelta, tomando el camino que a nuestra casa llevaba. Los pies moviéndose, los ojos encendidos, inmóvil el cielo. El miedo en mí.

Eché a correr. Cuando llegué, desde el porche me volví a

mirar. Aún estaba la procesión en la arboleda. Vi, en el aire, contra el sol, la sombra de la Virgencita subiendo y bajando, sobre los hombros, al compás de los andares. Me bullían los pensamientos, descaminados entre el miedo, nada claros. Hablé conmigo mismo: que la calma nos era necesaria. ¿Me quieté? Dios lo sabe. Hice lo que a propósito creí: coger a Camilo y salir por la puerta trasera. Tiramos hacia el monte. Corrimos, caminamos, la tarde nos cercaba. La gente detrás de nosotros, en procesión, con la Virgencita bien alzada, persiguiéndonos. Camilo cansó, miedo tenía, por el recelo, por lo que fuera, se puso a llorar. Tuve que cargarlo sobre las espaldas. Así huíamos. Se me doblaban las piernas, la fatiga se me enredaba en el aliento, pero yo seguía, seguía, con el peso de Camilo sobre mí, con el peso del sol, con la angustia hecha torrentera en mis adentros, así, a tropezones, yendo atrás los cánticos de la gente, los ecos de los cánticos: ladridos desgastados que se nos echaban encima.

El sol fue cayendo, las sombras se amontonaron. Sentía la respiración de Camilo, soplo caliente en mi cuello, ay, Camilo, vea: se había quedado dormido sobre mis espaldas. De repente, supe que el silencio estaba quieto, apretado contra la tierra. Ya no se oían los cánticos.

La noche en el aire, la soledad creciendo hacia nosotros. Pero la renegrida calma, en vez de aliviarme, aumentó mi angustia. Me arrimé a un cercado, descargué el cuerpo de Camilo. El, en esto, se puso a llorar otra vez. Oigo mi voz, pájaro herido, descaminada entre el silencio, a ro-ro mi niño, duérmete pequeño, así, tan sola mi voz, debajo de la noche, hasta que Camilo de nuevo se durmió.

La mañana despierta, en nuestros ojos la luz, desnuda todavía, los rumores creciendo. Reanudamos la marcha. En seguida, nos llegaron los cánticos.

Caminos, vericuetos por los que yo me arrastraba con el cuerpo de Camilo sobre mí, cada vez más pesado. Anduve, sin descanso, anduve, hasta que el sol subió muy arriba, en el cielo tan barrido. En todo ese tiempo, ni un instante pararon

los cánticos, siempre los ecos cayendo sobre nuestras cabezas, o agarrados a nosotros, los ecos, ay, lluvia de pedradas que nos alcanzaba. Me senté a descansar. Nos sentamos. Recuerdo que guardo: Camilo, mirándome, con el miedo amontonado en los ojos, sin preguntarme nada, agarrándose a mí con fuerza. Los dos allí, quietos, al amparo de una sombra, como perdidos.

Volvimos al sendero. Allá, siempre en el mismo sitio, aquella desnuda lejanía. Encontramos un animal despatarrado, con muerte de muchos días, ya medio devorado, carroña nada más lo que restaba. Nos apartamos de la tufarada, tan agria, tan agarrada al aire. Seguimos. Sólo un pequeño trecho. Porque, vea, le diré lo que de repente oí: los cánticos creciendo, llenándolo todo, más cerca a cada paso, turbión que se desfondaba sobre nosotros. Miré hacia la loma que atrás había quedado: la Virgencita de la Paloma creciendo, y luego las cabezas, y los cuerpos, amontonamiento de gente. Me llenó un miedo desatado, oscuridad que me anegaba, temblor que corría sobre los saltos del corazón. El horizonte huyendo, y la gente, oh, la gente y aquel bullicio acercándose y acercándose. Ya los cánticos no eran tales, sino gritos. La procesión se había deshecho en un hervor de cuerpos que encima se nos venía. Todo empezó a voltearse: gritos, gente, caminos, el cielo lleno de sol, todo estallándome en los ojos, en lo interior de la cabeza, entre la sangre. Y Camilo arriba, golpeándose contra los ruidos, en lo alto de mis espaldas.

Hasta que, vacío que se abrió ante mí, yo mismo un vacío, tuve la certeza, dolor tan grande, de que ya nada podía yo evitar: sentía, siento como que lo siento, que me arrancaban a Camilo de la espalda. Oí el ruido de su cuerpo contra la tierra.

¿Qué hice? Aquel momento se ha desvanecido en la memoria. Sólo alcanzo a ver imágenes borrosas, como sombras que se pierden tras un aguacero turbio. Hay, sin embargo, un recuerdo más claro: sabor amargo, como de tierra infecunda, volcado entre mi sangre: Camilo, tan sólo, derrumbado, entre la muchedumbre de pies, llamándome, voz que se perdía, llanto

de animal herido, en tanto se le iba la vida, se la arrebataban, pedazo a pedazo, debajo del calor de la tarde.

Después, el silencio y la soledad. Y el cuerpo de Camilo, allí, ya sin gota de aliento, arrebuñado. Parecía una abolladura de la misma tierra. Lejos, huyendo, la última sombra de la procesión. Cerca de Camilo, aquella desconchada figurilla de yeso. La imagen de la Virgen había soportado tantas sacudidas que no me extrañó que se le hubiera desprendido el Niño. Aún hoy se la puede ver en la ermita, con los brazos vacíos. Ahora la llaman la Virgencita del Niño Perdido. El Niño está con Camilo. Yo se lo puse entre las manos cuando le di sepultura.

La tarde inmóvil, el aire sin horizontes. Bajo el silencio, los ojos abiertos de Camilo. Lo cargué sobre mí y empecé a caminar.

Y en el camino fue donde tuve que enterrarlo. No pude aguantar por más tiempo aquel peso tan grande sobre las espaldas.

LUIS FERNÁNDEZ ROCES